Arquitrave



Miyó Vestrini • Karina Sainz Borgo • W.H. Auden
Eugénio de Andrade • Mohamed Maimudi • Lilia Lardone
Elkin Restrepo • Francisco de Asís Fernández
José Prats Sariol • Salomón Valderrama Cruz

Canta, lastimada mía

Karina Sainz Borgo



«Giovanna se mira el pulgar, lo imagina en una caja de metal, rodando de un lado para otro, con pellejo y uña; lo toca cálido y vivo encerrado en la palma de su mano, latiendo, latiendo, latiendo»
Miyó Vestrini.

«Canta, lastimada mía»
Miguel de Cervantes

Preguntar por ella trae, sí, consecuencias. La que era una conversación inofensiva, un encuentro cualquiera,se convierte en una operación de la memoria; la que se suponía una entrevista en proceso, se da por terminada. Su nombre, como su poesía, es una furia de la que nadie sale ileso. «Mejor

vamos a dejar esto hasta aquí», dijo el escritor venezolano Adriano González León en una mesa sobre la que quedó a medio camino, además de un pacharán, la narración de uno de sus vehementes –y acostumbrados– arrebatos. «Ella escribía con rabia, porque no aceptaba la belleza inútil», dijo Adriano antes de dar por terminado el encuentro.

Toda insistencia trae, sí, consecuencias. El recuerdo de Marie José Fauvelles Ripert –Miyó Vestrini, como se hacía llamar- no podía ser la excepción. Su vida, como su nombre, necesita una abreviatura dolorosa. Quienes trabajaron con la periodista y poeta nacida en Nimes, Francia, en 1938, dibujan una nostalgia drástica; los que la conocieron de cerca o compartieron con ella la infancia en Valera, estado Trujillo –Miyó llegó a Venezuela con apenas 9 años- prefieren postergar sus opiniones, dejar las anécdotas para otro día, uno en el que sea posible espantar la tristeza y traerla de regreso.

Entre su muerte y el presente quedan, cual sutura, páginas que encienden otras formas del verso: los poemarios *Las historias de Giovanna* (1971), *El invierno próximo* (1978), *Pocas virtudes* (1986) y *Valiente ciudadano*, este último de edición póstuma en una antología poética de Monte Ávila Editores con prólogo de Julio Miranda; permanece también *Órdenes al corazón* (2001), un conjunto de relatos breves –de edición también póstuma- que toman la forma de un libro seco que late con pulso furioso y cotidiano; un músculo que toca la realidad de un país político que, como la autora, se relame adolorido.

Tanto a Miyó como a la democracia les quedaban pocos años. Vestrini decidió quitarse la vida en su departamento de Sebucán, en Caracas, el Viernes 29 de Noviembre de 1991, dos años después de que el país intentase, en vano, recuperarse de las huellas de El Caracazo. Sí, Miyó decidió morir transcurridos ya dos años de una demolición que preparaba la piel ciudadana para las heridas de 1992. El país, como las

venas de Miyó, no aguantaron el filo. Nosotros, como ella, caminábamos, decididos, hacia nuestra propia muerte.

Para una mujer como Miyó Vestrini –periodista cultural y aguda entrevistadora de los diarios El Nacional y El Diario de Caracas; integrante de las vanguardias literarias vinculadas a la izquierda intelectual venezolana y luego asidua contertulia de Repúblicas aéreas implantadas tras la pacificación, en los bares de Sabana Grande, en la Caracas de 1970- , el país era una forma de existencia, un ocaso propio y compartido. El país era, sí, un desamor; una orden al corazón que quiere dejar de latir. No en vano, luego de su poemario *Las historias de Giovanna* –un libro de voces tejidas y procedimientos narrativos donde lo político se hace existencial-, Miyó escribe *El invierno próximo*, libro del que se desprende el poema IX:

El país, decíamos
lo poníamos en las mesas
lo cargábamos a todas partes
el país necesita
el país espera
el país tortura
el país será
al país lo ejecutan
y estábamos allí por las tardes
a la espera de algún doliente
para decirle
no seas idiota
piensa en el país.

Transcurridos más de diez años de su muerte, la voz poética de Miyó –en un comienzo ignorada, casi oculta en el oficio que la haría merecedora del Premio Nacional de Periodismo en 1967- abandona la sombra para convertirse en una

oscuridad propia, espesa, definitiva. Su voz poética sobrepasa al lector. Su belleza hiere. Lejos del discreto terreno periodístico, su poesía –y su magnífica narrativa- se propone la herida, logra el «mirar lastimado» ,ése que según el poeta Luís Alberto Crespo obligaba a Miyó a cubrir sus ojos tras grandes lentes; ese mirar descarnado, huérfano, de madres asfixiantes y pechos apaleados. La muerte: su tema, su territorio, su reino.

El trabajo crítico y cultural de Miyó Vestrini, cuyo grueso hoy reposa en los archivos de El Nacional con las entregas semanales de su columna **Al filo de la media noche**, se enriquece con los libros *Más que la hija de un presidente* (1979), *Frente al espejo* (conversaciones con Isaac Chocrón, 1980) y *Salvador Garmendia, pasillo de por medio* (1994), texto en el que Vestrini da cuenta de su vida y la del escritor que compartió con ella no sólo las experiencias del grupo literario *Sardio* y la escritura de guiones de telenovelas, sino el corredor del edificio en el que ambos vivían, ese estrecho pasillo que Miyó cruzaría por última vez la noche en que -después de dejar olvidado su encendedor en el departamento en que vivían el autor de los *Seres felices* y su esposa, Elisa Maggy -la poeta tomaría la decisión de no regresar.

Pero en Miyó no hay una sola muerte, ninguna es definitiva. En 2002, la crítica argentina Claudia Schvartz sacó a la luz el ensayo *Miyó Vestrini, el encierro del espejo*, un viaje accidentado directo al cuerpo astillado -mutilado- en la imagen poética. En la mirada de Schvartz, el verso transparenta las mujeres que habitaban en Vestrini. La publicación apareció acompañada de ocho poemas inéditos, escritos entre 1955 y 1957 y fechados en Maracaibo –ciudad venezolana en la que Miyó se incorporó junto con Hesnor Rivera, César David Rincón y Néstor Leal, al grupo literario Apocalipsis- y que la poeta entregó a la cronista, escritora y dramaturga Elisa Lerner, en ese entonces integrante del grupo

literario Sardio. Encontrarse con la voz de quien en ese entonces, con apenas 19 años, despellejaba con fruición su propia musculatura poética, contradice toda muerte, incluso la más drástica; en ella el canto abre, lastima, siembra la furia; trae de vuelta a la escritora que atravesó su último pasillo la noche del 29 de Noviembre de 1991.

Miyó Vestrini

Poema

Frente al dinosaurio de ojos pardos supe que
el retorno de mis antepasados se acercaba.
A su costado el anciano moribundo encendía
una hoguera de azufre.
Llovía
Apoyé mi mano sobre su boca húmeda de ternura
presintiendo en la piedra
el paso de un cascabel infantil
y habló el dinosaurio de ojos pardos:
«Llévate la lluvia que apaga mi fuego ancestral y camina
hacia el país de los eternos ahorcados.
El perro negro clavado en el centro de cuatro árboles
te hablará del hombre de tu única noche muerto
sobre la ebriedad de las puertas del mal cerradas»
Detrás del anciano moribundo sonrió mi abuelo
apretando contra sí su reloj de oro.
Sentí nostalgia por las doncellas misteriosas.
Todo había muerto.
A mis pies quedaba la herrumbre del dinosaurio
de ojos pardos y se acercaba inevitable,
el grito de mis antepasados.
A mis espaldas silbó un gato negro.
Era el ojo lunar de mi primer aullido frente al dolor.

Maracaibo, Abril 1956

Los viajeros

Agitamos la ternura anclada en los parques
como un insecto en una caja de plomo.

Nuestros caminos han perdido sus lagartos que
partían de los ríos hacia el asfalto rojo.
En algún lugar remoto
las fronteras juegan con los perros hambrientos.

Amamos los bancos devorados de piernas y el
muchacho negro que le silba a la niebla.

No obstante el grito se estrangula en nuestros dedos.
No obstante las iguanas cargadas de miel
se devoran en los surcos.

He aquí el llanto de los trenes que cruzan las
estaciones sin detenerse.

Y queremos partir sobre la cubierta de un monstruo.
Sobre las manchas de petróleo que flotan en el agua.
Sobre los halcones que no crecen en las esquinas.
y nos quedamos, aferrados silenciosamente
al silbido del muchacho negro.

Maracaibo, Marzo 1956

Ternura

Somos teclear de lluvia.
Agonía de lagartos.
Manos de carbón.
Caracoles de azogue.
La partida es un niño,
un perro doloroso,
una hoja muerta
Somos hombres
sin sílaba
sin sombra
sin lápiz.
Árbol sin viento
y sin ancla
que devoraste nuestras palabras
nuestros limoneros!
Camino de algas y mariposas
que truncaste
el silbido del hombre crucificado.
Somos
aceras mojadas,
plegarias de surcos,
ternura.

Maracaibo, Noviembre 1955.

Mediodía

¿Qué diré cuando la gente se detenga
para tocar mi rostro?
¿Cómo les hablaré de aquellas playas moribundas
donde la mar se disfraza de antigua doncella?
Estos no son los sitios apropiados para amar:
Sólo al mediodía se aman los hombres.

Quiero al niño de ojos azules
por el cual nacen las tardes
mientras las madres conversan.
Quiero las infinitas calles de mi pueblo
donde la lluvia rueda como una manzana.
Quiero los marineros que giran sobre la noche
como cortesanos.
Es inútil que me hables de amor
sólo al mediodía se aman los hombres.

He aquí la hora de extender las manos
bajo el viento.
De golpearse la frente en la superficie
de los ríos.
De mirar los enamorados por encima del hombro.
Siempre hay una hora para todo eso,
pero sólo al mediodía se aman los hombres.

Maracaibo, Enero de 1957

W. H. Auden

Marginalia

Al hombre muerto que nunca ha hecho morir a otros rara
vez le erigen una estatua.
*
Del último rey de una dinastía acabada
rara vez se habla bien.
*
La consigna del tirano: *aquello que es posible es necesario.*
*
Los pequeños tiranos, amenazados por los grandes,
creen sinceramente que aman la libertad.
*
Ningún tirano ha temido jamás
a sus geólogos y a sus ingenieros.
*
A veces se ajusticia a los tiranos, pero sus verdugos,
casi siempre, mueren en la cama.
*
En los estados incapaces de aliviar la miseria,
se ahorca el descontento.
*
En los países semianalfabetos
los demagogos cortejan a los adolescentes.
*
Cuando los jefes de estado prefieren trabajar de noche,
que se cuiden los ciudadanos.
*
Justicia: permiso de picar un poquito más duro
de lo que nos picaron.
*

El introvertido es sordo al grito de su vecino
por el pellizco del extrovertido.
*
Cuando hacemos el mal nosotros y nuestras víctimas
quedamos asombrados por igual.
*
Temiendo o avergonzándose de decir *no me gustas,*
bostezaba y se rascaba.
*
Las maldades ejercen cierta fascinación, pero aquellos que
las cometen son siempre fastidiosos.
*
Alababa a su Dios por la habilidad de
su torturador y de su cocinero.
*
Mientras el imperio se desmoronaba se entretenía
improvisando una moral, muy moral,
en yambos de ritmo deficiente.
*
Después de la masacre tranquilizaban
su conciencia contando chistes.
*
Renuente al principio de romper su promesa formal de
amnistía, después de consultarlo con su confesor, con
espíritu sereno firmó la orden de ejecución.
*
Después de la Justa Guerra, la Guerra Santa que había
salvado la cristiandad, hubo más palacios y clérigos,
menos eruditos y casas.
(*Según Ilsa Barea*)
*

La reina huyó dejando atrás unos libros
que escandalizaron al pío usurpador.
*
Nacido para coquetear y escribir versos jocosos,
murió valientemente bajo el hacha del verdugo.
*
En la próspera tranquilidad entre
dos guerras llegó *Anopheles*.
*
Bajo un soberano que despreciaba la cultura
las artes y las letras florecieron.
*
Reunida con pompa ceremonial, la dieta Imperial discutió gravemente una legislación que no tenía el poder de rechazar.
*
Se escondía al ver que un ministro se acercaba con semblante preocupado.
*
Los cultivadores de tabaco eran baptistas para quienes fumar era pecado.
*
Abandonando a sus esposas huyó con las joyas y doscientos perros.
*
Caminaba como alguien que nunca ha tenido
que abrir una puerta solo.
*
Después de la victoria sobre el tirano extranjero los patriotas mantuvieron las medidas policiales de emergencia expedidas para perseguirlos a ellos.

Providencialmente en lo correcto por primera vez en su vida (aunque por motivos equivocados) al viejo maricón se le permitió salvar la civilización.

*

Los fémures de animales atribuidos a santos que jamás vivieron, son sin embargo más santos que los retratos de conquistadores que, desgraciadamente, existieron.

*

Como un Zola cualquiera metían la nariz en prisiones y burdeles, no, sin embargo, en busca de material, sino para consolar a sus semejantes.

*

Con el mismo afecto bañaba a los enfermos y estudiaba papiros griegos.

*

Un tipo colérico, cada rato se metía a defender los judíos contra la multitud, o a los pobres contra los guardianes de conejos del rey.

*

Cuando se levantaba a decir sus oraciones en la mitad de la noche, le decía al marido (un pagano y mal tipo): *tengo que ir al baño.*

*

¿Quién habrá muerto, en 1965, con más merecimientos de honores que *Lark*, una vaca que dio a la humanidad ciento quince mil litros de leche?

*

Una vez hubo cagado en su nuevo apartamento empezó a sentirse en casa.

*

Otro día entero desperdiciado. ¿Qué habrá que hacer? ¿Látigo, píldoras, paciencia? Sus pensamientos vagaban del sexo a Dios a los versos sin puntuación.

*

Qué alegres parecían los taburetes del bar a media tarde, liberados por unas cuantas horas del peso de los gastados derrotados sentaderos.

*

¿Cómo podía ayudarle? ¡Juventud infeliz! En fuga de un no-padre, de una madre incoherente, en busca... de qué?

*

Siendo un WASP, que va en metro, se pregunta por qué será que casi todas las caras aristocráticas que ve son negras.

*

La belleza que pasa le sigue encantando, pero ya no se voltea para mirarla.

*

Post coitum homo tristis. ¡Qué idiotez! Si pudiera se pondría a cantar.

*

La vergüenza, al envejecer, no es que el deseo se desvanezca (¿Quién se lamenta por algo que ya no necesita?): sino que haya que explicárselo a otro.

*

Pensamientos sobre la propia muerte, como rugido lejano de truenos en un *picnic*.

*

Poniéndose las medias, recuerda que su abuelo quedó frito en ese acto.

*

Eugénio de Andrade

Andityas Soares de Moura

No conocí personalmente a Eugénio de Andrade. De él únicamente sé lo que todo el mundo, aparte de algunas fábulas y leyendas adicionales que me fueron confiadas por el poeta Xosé Lois García, éste sí, amigo íntimo del fallecido. No conocí lo y no me gustaría haberlo conocido. Su cínica vanidad, asociada a una presuntuosa ironía, lo convertían, al menos para mí, en persona de difícil convivencia. No me sentiría, pues, cómodo en su presencia.



Sin embargo, eso, evidentemente, no es un problema. En realidad, casi no me gustaría conocer a ninguno de los poetas que admiro. ¿Quién sería capaz de conversar con Dante sobre cualquier asunto que no fuese, al menos, solemne? ¿Y con Rimbaud, aceptaría alguien compartir habitación, sabiendo, que entre otras costumbres, él criaba piojos en la cabeza? ¿Es imaginable una mesa de bar más tediosa que aquella en la que se sentasen Eliot, Pound y Rilke? Yo no conseguiría hablar sobre asuntos triviales y humanos con Lorca, mi gran y querido amigo Lorca, quien sólo es así porque lo tengo, irreal, en el corazón.

Definitivamente, es preciso dejar a los poetas en paz, cada cual con sus exquisiteces, y, actividad que se vuelve cada día más rara en los tiempos que corren, leer sus obras. La de Eugénio de Andrade merece la pena. Ese hombre recientemente fallecido nos ha dejado algunas de las páginas más límpidas de la poesía portuguesa contemporánea. La levedad de su estilo, la pureza de timbre y la arquitectura un tanto apolínea de sus versos son suficientes para diferenciarlo y situarlo muy por encima de la mayoría de los poetas portugueses vivos — y de buena parte de los muertos, con excepción de un Pessoa o de un Sá de Carneiro. Cuando nos aproximamos a sus poemas, nos sentimos invadidos por algo inefable e intraducible. Las palabras parecen elegidas al azar. Sin embargo, componen un todo armonizado hábilmente proyectado donde apenas notamos, de tan naturales que son: rigor y sencillez.

Poeta del cuerpo y de sus pasiones, Eugénio sabía manejar el verbo poético, confiriéndole una realidad erótica crepuscular. Con todo, jamás permitía que su dicción fuese banal o, lo que sería peor, vulgar. Comprendía muy bien, con Wilde, que, así como todo crimen es vulgar, toda vulgaridad es criminal. La nitidez de sus tintas líricas recuerda a los clásicos y él, en su modo muy particular, es uno de ellos: árcade desgarrado en el tiempo y en el espacio.

El amor en la poesía de Eugénio nunca es alegre ni epifánico. El silencio de gestos repetidos, de ternuras agónicas corre por sus páginas, mojadas por el más frío rocío de los tiempos: *«Nada podéis contra el amor,/ Contra el color de las hojas,/ contra la caricia de la espuma,/ contra la luz, nada podéis./ Podéis darnos la muerte,/ la más vil, eso podéis/ — y es tan poco!»* (de *Frente a frente*). La ciencia del amor, esa impura sabiduría, que sólo se aprende tarde, en el limite — Drummond *dixit*—, fue, sin duda, el tema central de la obra del poeta portugués, y ello contra todas las modas posmodernas que insisten en no hablar de cosas

«ultrapasadas» como el amar. Pero no nos engañemos: el amor en Eugénio no es esfera de despreocupación o de gratuidad lírica. En la poesía amorosa (¿erótica?; ¿pornográfica, algunas veces?) de Eugénio no existen frivolidades. En ella, si hay inocencia o alegría, éstas se dan sólo como gozo momentáneo o explosión erótica. La mayoría de las veces, el amor es triste. Los derramamientos pueriles e ingenuos están ausentes. Eugénio, como Mallarmé, leyó todos los libros de la carne: *«Ya gastamos las palabras./ Cuando ahora digo: amor mío,/ ya no pasa absolutamente nada./ Y entretanto, antes de las palabras gastadas,/ tengo la certeza/ de que todas las cosas se estremecían/ con sólo murmurar el nombre tuyo/ en el silencio de mi corazón»* (de *Adiós*).

Las imágenes de sus versos evocan una especie de neopagano paraíso perdido donde la carnalidad del deseo se expone sin máculas, preconceptos o ilusiones. En este sentido, rescata, tal vez sin querer, un lirismo autóctono muy portugués, entrañable, sencillo y claro. Es en *«Las manos y los frutos»* (1948) donde descubrimos la diferencia y la fuerza de su radical erotismo, que no se compromete con corrientes literarias, sino sólo con sus propios impulsos y visiones. Erotismo del cuerpo, pero también de la palabra que lo asediaba. Solamente la más cortejada de las campesinas portuguesas, la poesía, era capaz de hacer sonreír levemente a Eugénio, como quien recuerda una antigua pasión juvenil: *«Sordo, subterráneo río de palabras/ me corre lento por todo el cuerpo;/ amor sin márgenes donde la luna rompe/ y nimba con su luz el propio lodo»* (de *Sordo, subterráneo río*).

Dueño de una voz peculiar y fluida, José Fontinhas — era ése el verdadero nombre del escritor, nacido el 19 de Enero de 1923 en Póvoa de Atalaia y muerto en Oporto, a los 82 años — impregnaba sus versos con una sonoridad lúdica— genuinamente lusitana — comparada muchas veces con la de los trovadores medievales. El recitativo de Eugénio nos recuerda el movimiento ambiguo, apesadumbrado y sensual

del fado.

Hablando de fados y ritmos, una de las características más notables de la poesía de Eugénio de Andrade es su negativa consciente a cantar el alma portuguesa, a ser «natural» y accesible a las clasificaciones de la crítica. Eugénio de Andrade canta como quien no canta. Los modelos canónicos del «poeta de la tierra», del «poeta esencial» a la moda de Caeiro, personaje que tanto infestan la nueva poesía portuguesa, no eran importantes para alguien que, como Eugénio, sabía que «las palabras están gastadas» (de *Adiós*). En más de una ocasión el poeta se refirió desdeñosamente a los llamados «temas tradicionales portugueses». De esa honestidad suya brotaron poemas bellísimos, naturales y gustosamente irónicos: *«Mi país sabe a moras silvestres / en verano./ Nadie ignora que no es grande,/ ni inteligente, ni elegante mi país,/ pero tiene esta voz dulce/ de quien despierta de madrugada para cantar en los bosques»* (de *Las moras*).

Inicié estas líneas diciendo que no me gustaría haber conocido a Eugénio de Andrade. Y en ello no hay repugnancia alguna. Sé que en sus últimos años Eugénio quería quedar libre de los lectores y de todo el resto: de las intrigas, de los rumores, de los homenajes vacíos etc. Quizás por ello había preferido exiliarse en Oporto, ciudad de cielo oscuro y tenso, de cenicientas iglesias, donde hasta el río parece ser de piedra. Alcanzó él esa especie de estadio que le impedía convivir con los seres humanos rastreros. Y eso porque, antes de morir, ya había cumplido con su destino. Se hizo vate: alma de la poesía.

Aunque sin conocerte, Eugénio, me despido de ti con cariño. Que la eternidad te sea breve, como en los versos finales de tu poema: *«Cae el silencio en los hombros y la luz/ impura, hasta doler. / Es urgente el amor, es urgente/ permanecer»* (de *Es urgente el amor*).

Eugénio de Andrade

Adiós

Como si hubiese una tempestad
oscureciéndote los cabellos,
o si prefieres, la boca mía en tus ojos,
cargada de flor y de tus dedos;

como si hubiese un niño ciego
a los tropiezos dentro de ti,
hablé yo en nieve, y tú callabas
la voz donde contigo me perdí.

Como si la noche viniese y te llevase,
yo era hambre sólo lo que sentía;
te digo adiós, como si no volviese
al país en que tu cuerpo se inicia.

Como si hubiese nubes sobre nubes,
y sobre las nubes mar perfecto,
o si prefieres, esa tu boca clara
navegando anchamente por mi pecho.

La sal de la lengua

Escucha, escucha; tengo aún
una cosa que decirte.
No es importante, lo sé, y no va
a salvar el mundo, no cambiará
la vida de nadie —mas ¿quién
es hoy capaz de salvar el mundo
o tan solo cambiar el sentido
de la vida de alguien?
Escúchame, no te entretengo.
Es poca cosa, como la llovizna
que lenta está llegando.
Son tres, cuatro palabras, poco
más. Palabras que te quiero confiar.
Para que no se extinga su lumbre,
su lumbre breve.
Palabras que mucho amé,
que tal vez ame todavía.
Ellas son la casa, la sal de la lengua.

Mohamed Maimudi

Un espejo contemplando al espejo

Todos los poemas que he dibujado con mi letra
y entretejido con mis sueños
vuelven cada noche hacia mí,
me llevan a ciudades desconocidas
me confiesan secretos del miedo reluciente
hacia sus lentas sombras.
Al principio fueron las cosas y la palidez
fueron los nombres en el laberinto
buscando una identidad para las cosas
secretas de un lenguaje aljamiado
porque entonces las iban recordando
al principio y nadie volvía hacia el fin,
ninguna voz volaba y ningún rayo atendía.
De repente se rebeló el nombre
en contra de la oscuridad de las cosas,
y la fertilizó con el enigma,
con la metáfora de la probabilidad
con el índice de letras y con la voluntad del hombre.
Un espejo contempla al espejo,
ningún ojo humano los ve.
Yo no soy nada
sino el peso de aquel diálogo,
la velocidad de las horas
oculta en la sombra,
el juego de fortuna
que llamo vida.
Y de repente
del sueño de la muerte
me despierta el primer verso del poema.

Desde un grano de ceniza

Desaparece un punto y vuelve
Tu frente desde remotos tiempos sufre esta tensión
un punto te enfurece para que te contentes de la llegada
indiferente y te quites guijarros de los pies,
para que cuelgues la puerta del tiempo
sobre un momento indócil
cada vez que las calamidades te asaltan
y despiertan el inveterado sufrimiento
en las facciones de tu rostro.
Construiste la ermita de una esperanza incesante
para que imagines tu tiempo una epopeya
y tu gemido rimas y canciones
esta tarde los moradores de las galerías
ejercerán sus costumbres
y preguntarán :
¿recuperarás la razón de las manos
del ideal trascendente?
dirás : Al final de la noche, aparecerá una ventana
que los ojos ciegos en las galerías no ven
ya se cayó abajo el tiempo
que dejó sus rastros sobre los huesos de los dinosaurios
el tiempo de leyendas.
Las olas en el mar y los árboles firmes en el bosque
conocen cómo los vientos se van hacia la nada
mientras sostiene el mar la maquinaria
de pliegue y de despliegue
y los árboles calcinados conocen el milagro
de resucitar de un grano de ceniza.

Elegía de las gaviotas

Silenciosos rostros sobre las rocas,
andrajos mojados en la negrura
y un mar que se oscurece
en las nieblas,
sacudiéndose su sal.

Ya llegó el momento en el que no hubo
por detrás de ti, Tarif,
ningún ejército listo para conquistas
solamente espumas
y barcos perdidos en la oscuridad.
Llenan el estrecho arroyos
del sudor de la tierra
y Tetuán, a la espera del ahogado
hila una aljuba de viento
y guisa piedras para sus hijos.
A la orilla de lo inalcanzable
se quebró el plumaje de las gaviotas
sobre unas rocas entristecidas
y se estremeció el sueño en sus últimos temblores.
Silenciosos rostros sobre rocas,
andrajos mojados en la negrura
y un desolado silencio de ciudades
un desolado silencio de cementerios.

El jardín de Lorca

Una luna redonda sobre toda Granada
y las coplas de una velada gitana
viajando a través del tiempo y el espacio.
Quizá la nuba del Dail huye
de la noche de Al Andalus
o quizás empieza el camino
hacia el laberinto desde la nuba del Isbihán.

Una guitarra
se puso a tocar,
llega con el soplo de los vientos del sur,
oí la gente celestial narrando
la historia de aquella Granada
cuyo nombre se refugiaba
detrás del amuleto de la iluminación
y la embriaguez
encendió una palmera
que desde el balcón de la poesía contemplaba
una caravana en el ocaso
y ya fue inadmisible
nombrar lo invisible
amuralló con el anhelo
jardines de albahaca y granadas
descifró la letra
cuando aún estaba la letra distraída
en las ramas del amanecer.

Una niña
nacida de una historia de amor
de margaritas con campanillas de plata,
unas ojeras debajo de unos ojos a la espera,
su boca una estrella ofrecida al amado
que la muerte en el pecho llevaba
como la espada y su abrigo purpúreo.

Lilia Lardone

Ruidos

El aceite chisporroteante
un móvil de madreperlas en la brisa
la zambullida/ el falso café al estallar / la llave en la cerradura (cuando espero)
un moscardón en la siesta de verano
el primer soplo antes de la tormenta / el crujido del quebracho quemándose
una moneda rueda / hojas secas bajo mis pies / la bolita cae sobre las baldosas rojas
un taconeo en la noche
los molinos de viento (cuando hay viento)
el teclear de la máquina de escribir / susurros en la cama
sirenas / el teléfono en la noche
la respiración jadeante de mamá/ ladridos / una canilla gotea / el globo se desinfla
la pedrea sobre el zinc / las langostas comiéndolo todo
un perro rascándose
/una voz canta (en esa iglesia de Quito)
la escoba barre el patio de tierra/ se quiebra el vidrio
 las campanas
pasan silenciosas las hojas del libro
en el silencio de la siesta
un portazo
golpes en el techo
ahí vienen/insaciables
los recuerdos.

El capital

En el Citroen rojo
la plusvalía saltaba
cuando las desnudas piedras del camino serrano
detenían tu voz.
Hablabas de Marx
de Rusia
de un largo viaje en tren
en medio de la nieve
de un samovar
que brindaba el té a los viajeros.
Los vaivenes del relato
acompañaban las curvas
mientras contabas lo que la sociedad
capitalista
podía hacer
con los hombres.
El polvo del camino a veces
enturbiaba
tus palabras.
También el humo de los Particulares 70.
Y entonces tosías
como para demostrar
que el paraíso
no existe.

Elecciones generales

Dijiste:
Hacía mucho que no estaba tan contento.

Caminábamos las calles desiertas
y en los bares
la gente miraba con atención
imágenes
cifras
más cifras
banderas.

Entramos y pedimos café. La pantalla confirmó
lo que acababas de decir.
Una esperanza pequeñita
efímero refugio
de pensar para el país otro destino.

Después
poco después
un cáncer te mató.
Pero esa es otra historia.

La pasajera

Los últimos rayos del sol
colorean a través de las nubes
la nieve
en la Cordillera de los Andes.
Y colorean también las nubes.

En el aterrizaje, la Cordillera aparece enorme y cercana
diluida por la bruma
de una casi noche.
Ella siente la inquietud de siempre
cuando llega a otro lugar,
algo difícil de precisar:
curiosidad, miedo, los sentidos en alerta
para tocar, oler, oír.

En el traslado del aeropuerto a la ciudad
va mirando el camino
los ocasionales compañeros de viaje conversan de sus cosas
de su país.
De pronto se impone una voz
su vecina de asiento dice:
El General nos salvó del comunismo
Y otro acento chileno replica desde atrás:
Su general es un asesino.

En el silencio, ella intenta descubrir
las caras de los que hablaron
pero la oscuridad es total.

Al rato, el chofer dice un nombre en voz alta
detiene el pequeño ómnibus
y bajan dos pasajeros.
Unas cuadras más adelante se repite la acción.
Y más allá.
Y más allá.
Ella se da cuenta de que ha quedado sola
El chofer pregunta si está segura de la dirección,
ella consulta su libreta
y asiente.
El chofer sigue
y por fin exclama: *Acá es*.

La semipenumbra deja ver el hotel,
un hombre amable baja las escalinatas para tomar su valija.
Hay algo extraño en esa recepción
que ella no podría definir.
Sin embargo, su reserva está.

Sube en el ascensor con el hombre amable
siente la tensión
algo la impulsa a comentar la duda del chofer que la ha traído
Es que mañana el hotel cierra, señora,
usted es la última pasajera.

Cuando el ascensor se detiene en el piso 14,
el hombre agrega:
Nos quedamos todos sin trabajo.

Luego entran a la habitación, en orden las toallas, en orden
el frigo.

A solas ella revisa, revisa hasta debajo de la cama.
El sueño no llega, ella piensa en el otro avión
que tomará al amanecer
en el destino del hombre amable y de sus compañeros
en que la habitación
que ocupa
desaparecerá.

Piensa también en el general
que ya no es.
Y no duerme.

Elkin Restrepo

Pugna

La tentación está ahí,
«déjalo para mañana», dice una voz,
«escribir, no siempre se puede escribir».
Y aunque temes entrar en familiaridades con tu demonio,
levantas la oreja.

«No vale la pena que gastes tu vida escribiendo versos que
nadie va a leer. Si hay un oficio inútil, es éste.
En lugar de estar estrujándote los sesos,
vete a un sauna, el placer llama».

Y la voz engañosa
se torna derroche musical.

«¿Por qué no darte el día de asueto?
Caprichosas son las musas, difícil su trato,
de ser tú evitaría caer en el juego malicioso.
Mira a los demás, qué modo fácil de llevar la vida.
Es hora, pues, de tirar la pluma».

Entonces en mi interior, suenan las alarmas,
la piel se eriza,
y de allá en lo hondo,
donde los lobos cuidan el legado,
salta el ángel luminoso y comienza la contienda.

Demonios, ángeles y lobos,
en gracia de tanta pugna
escribo al fin estos versos.

Oficio

Ahora que conoce los secretos de su oficio,
lugares como Patmos o Estambul,
o la misma Éfeso,
serían perfectos para
darle a sus versos el acento que les hace falta.

Sitios donde bulla la historia
y en el vocinglerío vespertino
todavía resuene aquello
que de lo que humano merezca oírse.

Allí,
donde la piedra guarde aún la forma
desnarigada de algún dios ido,

o perviva su destello en el tazón casero.

Ir allí y aplicarse al verso,
a pulirlo como un vaso antiguo.

Odiseo

Su regreso a Ítaca nunca sucedió,
todo fue un sueño.

Un sueño Escila y Caribdis, los lestrigones, el cíclope.
Un sueño el abrazo lisonjero de Circe.

Telémaco nunca fue en su busca,
ni Penélope envejeció esperándolo.

Herido de muerte por una flecha troyana,
Odiseo da en imaginar
que los Aqueos ganan la batalla,
y que si la vuelta a la patria se retrasa,
es por voluntad de los dioses
que le cubren el camino de dificultades.

En su delirio, ignora que nada
de lo que sucede es real,
y que aquellas aventuras que imagina,
dignas de un verdadero héroe,
son meras fantasías de un mortal común:
un astuto consejero del rey Agamenón,
que agoniza a las puertas de la ciudad.

Al atardecer echan su cuerpo en una carreta
y lo llevan a cremar,
junto a los cientos de cadáveres
que apestan el lugar.

Bárbaros

No les importan nuestras razones
y las suyas, o las desconocen,

o no les interesa tener alguna.

Y si comparten nuestra vida
es porque quieren destruirla.

Y nada nos salvará de tan cegado
propósito.

Un día nefando para todos
fue aquél en que embridaron sus bestias
y se echaron en nuestra busca.

De nada valió oponerse,
su furia pasó por alto nuestras defensas
y socavó con gruñidos desafiantes
la verdad de nuestros discursos.

Muy pronto,
sus crímenes y ultrajes llegaron al punto
en que todo perdió sentido,

daba igual una cosa que otra,
un destino que otro.

Habían cumplido su cometido.

Atribución

Según una leyenda,
propagada por toda la antigüedad,
Homero puso su propio nombre
a *La toma de Ecalia*
del Samio Creófilo,
para agradecerle el favor
de haberlo recibido en casa.

De las fábulas sobre la hospitalidad griega
–puesta a prueba a cada tanto
por los mismos dioses en sus correrías–,
ninguna más hermosa que ésta.

En gratitud
por sus atenciones,
Homero asume como suya
la obra de un poeta menor,

y será esta atribución,
lo único que sobrevivirá de ella.

Francisco de Asís Fernández

Veo fotografías de mi vida

¿Otra vez vivo? ¿Para qué, para quién?

En esta vida todos tenemos un destino
y el mío no fue matar, ni robar.
Porque mi amor pasó por todos los humores
para guiarme a través del laberinto.
La vida te pide lo que puedes dar.
Cuando veo fotografías de mi vida
veo la vida de otro hombre en la multitud:
una generación que tuvo poesías, música, revoluciones
y sueños del tamaño de las montañas nicaragüenses,
que serán como huellas en la arena
con un testamento lleno de muertos, tiranos y ladrones.
Para saber quién me mata, dice el sueño,
quiero saber quién me envía las primeras flores.
Una rosa sin una espina no es una rosa.
Así, yo siempre escribí poemas porque
siempre viví de sueños.
En un barco fantasma viví. Con cocina fusión:
comida afrodisíaca, postres con flores, ollas y sartenes
con sabores y aromas de un ave del paraíso
que con su canto pone su corazón en tu oído.
Sueños del tamaño de las montañas nicaragüenses
que serán como huellas en la arena
con un testamento lleno de muertos, tiranos y ladrones.
Nada borra el pasado. Nada llena el vacío de los muertos.
Basura el alma y basura el cuerpo.
Sueño despierto con romper cosas. Me falta el piso.
Tantos sueños de ángel para quedar desangelado.

Todos los días en la madrugada quiero retroceder el tiempo.

Me deprime la realidad y me deprime la Poesía
que ya no ata la tierra con el cielo,
que ya no pone en verso cielos limpios y hermosos
como suele ponerse el cielo después de una tormenta
de belleza sobria y ruda.

Desapareció mi juventud y ahora tengo miedo de creer.
Desaparecieron mis amantes y los pañuelos de seda.
Y a mis sesenta años me pregunto: ¿Qué soy por dentro?
¿El hijo Poeta de un matrimonio destrozado?
¿O parte de un sueño del tamaño de las montañas
nicaragüenses,
de una generación que será como una huella en la arena
con un testamento lleno de muertos, tiranos y ladrones?

¿Otra vez vivo? ¿Para qué, para quién?

José Prats Sariol

Lentejuelas

A Monseñor Rosendo Huesca,
por sus homilías dominicales.

¿Cómo pude perderme así de fácil, estúpido entre lentejuelas? La historia, siempre dueña de trampas..., con los puntos suspensivos que hablan y no dicen, que nunca enseñan. Cada lentejuela obliga al otro yo, al que da miedo en la tormenta del sábado. ¡Cuenta, usurero! Hilvana un cuento cuya geografía es un cilindro, confiesa. Di sin vergüenza porque no mereces ni tu máscara: *No soy digno, Señor, no soy digno*. ¿Has leído a San Agustín? Eres aquel viejito de barba entrecana en el camastro que huele a formol; el ahijado de compadres ocupados de ti en el cumpleaños; la oración que nunca oíste porque tras los vitrales escapabas entre visiones de juguetería, lleno de mundo y hueco de eternidad, vacío.

¡Tan-tan! ¿Quién es? Es el diablo, grita silencioso —*es una espesa fatiga*—, engatusa, pero brinca de envidia ante la capilla en el convento de Calpan, donde San Francisco ora de rodillas al pie del Cielo, bajo los volcanes conversa con sinsontes y tortugas. ¡Ah, desvaído, oye! ¿Ser tan desvaído? Recuerda la carcajada, la mueca del payaso, delirio del no ser porque te creías la vida misma.

Perdón, Deípara —*espiga y sistro, el ángel que sonaba*, Virgen Santísima. Perdona al peregrino de su cuerpo, clavel tan sin pensar en los caminos del mar, tan salir corriendo

por la esquina de la Catedral y lanzar otra carcajada torpe. ¿Verdad que sí? Manto en tu cara de niño fuerte, apetecido, deslumbrante que de tan deslumbrante escarnio, arruga, chatarra de Internet. Escuchabas la banda municipal en el zócalo y aquellas academias de frusleros, leías que si un hueco negro tras el gran estallido era el gusto al cuerpo, olfato al sexo, palparte —¿te acuerdas?— eterno. Dócil de ti, gozoso amigo de la danza moribunda. ¡Cobarde! Has cruzado la ilusión y ni te concedes el misterio, caridad para ti. Para mí mismo.

¿Cuál tiempo habitas, doble de mí, infeliz de mí? Sin *azucenas* que te cuiden, *olvidado*. ¿Para qué leíste a San Juan de la Cruz si te ibas a convertir en literato de lento furor palabrero, masticado; si te faltó siempre humildad, perturbación, fulgores? Delirante lentejuela, suena a ceniza. Baldío campo entre aplausos y condecoraciones, miel ácida, encantamiento de cobras, eco de otro eco y de otro eco. ¿Para qué? Isla aislada de ti, tautología, cuerno sin llamada, con mucho de terror a la llamada. Picardías, costumbre de posponer al lunes, ya lo puse en la agenda. Ahora sí que vuelvo, seré *el hijo pródigo*, saldré en primera plana. *Yo el supremo* arrepentido, truquero barato, catástrofe de un organillo en invierno. El más ornado mentecato jamás visto. ¡Pasen, señores, pasen! ¡No se pierdan al imbécil! Tiene lodo en la frente, en la boca, pero pasen debajo del maquillaje. La *Comedia*, Dante que les cuente verso a verso.

¿Pero podríamos acercarnos de otro modo? ¿Buscar las rayas naranjas del amanecer en Ella? ¿Tú y yo en un plural que ruega, implora Vida, la Vida, su visión? Engalanarnos, ¿oyes bien?, bajo la *lluvia de estrellas* y rezarle sencillo, así de grande. La misericordia infinita, la misericordia: ¡Santa

María del Rosario! Quizás falta corazón, hermano mío, yo mío, tan poquita cosa, porque ahora mismo Ella oye, conoce, suspira, sube a hablarle al Señor de nuestras lentejuelas. ¿O quizás falta que seamos valientes? El verdadero desafío, *Dios te salve, María, llena eres de gracia*... ¿La gracia y su misterio? Allí en Calpan, mirando horas a San Francisco. Aquí dentro de ti y de mí, lentejuelas desechas, camino rugoso...

En Puebla de los Ángeles, verano y 2005

Salomón Valderrama Cruz

Los caminos secretos

El amor consagra al amor
Los días sin lluvia
Y como conviene los días bellos
Para el amor y sus preferencias
César Moro

La vida es fuente
de 5 sangres crepusculares
Las que al margen
se olvidan los 4 cielos
de la llaga en gula que es el cuerpo
Como el sol negro de esta noche blanca
que me cae
atropellándome
cada vez que suelto al sexo el suelo
Mi burdo y corto y largo y hueco sonido longo
Aquel que en su posición salvaje libera la costra
me abre la boca y con mis dos manos rotas me entro yo
Me hace trepar y bajar al infinito
como en un cielo detenido en extraño y azul
Ahora en mi nuevo cuerpo sujetado de mi quipe
y esta mi faja cerradora de la hernia
-El pago que debo pagar para
que jamás me paguen conmigo-
A la sangre que brota desde mi báratro ahora ya yo
Ya de negro como fuente de sangre y de vida tierna
Al margen de Dios
Mi música Adrina que extrae los gozos
En los nuevos caminos secretos

La noche gradia

El regreso a casa es solitario
y debo esconder mis pasos,
el olor que sorprenda a mi madre
mil veces violada y todavía virgen.
Mariela Dreyfus

Al caminar siempre dejamos
el rastro negro de la inocencia perdida
En esta noche gradia sin sombras de día y de hora
de vuelo o de algo más escarlata
el galope de las hembras sobre el vidrio
cuando se cae de la boca y tienes que chupar
al estirar la lengua e inclinar los ojos
y doblarte perfectamente
para no permitir la elevación cruel
de un dolor que ya no duela
Y miras a la luna como desnuda en su franja roja
pues es la hora del eclipse
cuando la luna fabrica su venganza
cuando le arrancha al sol el día
cuando copula impunemente al amante entre sol y tierra
tres para hacer la orgía del brazo séptimo de la vía láctea
y hacer girar con ella el poema en sexo
Génesis de la inocencia tardía en seso
al alimón cuadrado
que en todo animal está naciendo al caminar
siempre detrás de la inocencia

De la franja roga gradia y perdida

En el agujero del poncho

Dejarme arrastrar por un flujo de sensaciones:
realidad y fantasía combinan malévolamente hoy en mí.
Carmen Ollé

Como una meliflua puta
ávida del monolito superior
estás allí tapada
hasta la cara
donde se ha posado
desde siempre
el sueño del camaleón
revestido
por abundantes blandos pelos negros
que luchan
la batalla
por no crisparse
ante la Diosa dibujada
en un antiguo yaraví
como son los estruendos fríos y mentirosos
de la soledad

Saciada con una copa de vino

Miyó Vestrini (Nîmes, 1938-1991), nacida Marie José Fauvelles Ripert, llegó a Venezuela a los nueve años y pasó su niñez en Valera. Fue una notable escritora que transformó el lenguaje de la poesía llamada femenina, en especial con su libro *El invierno próximo* (1975). Los poemas de Vestrini permanecían inéditos.

Karina Sainz Borgo (Caracas, 1982), autora de la nota que publicamos sobre **Miyó Vestrini**, es una periodista especializada en temas culturales y coordinadora editorial de *El Papel Literario* de *El Nacional*.

Wystan Hugh Auden (York, 1907-1973), poeta, dramaturgo y crítico literario norteamericano, considerado por muchos como el más influyente de la literatura inglesa desde T.S. Eliot. Su libro *Poemas* (1930), con el que consolidó su fama literaria, estaba basado en el hundimiento de la sociedad capitalista inglesa. Los textos de **Auden** fueron traducidos para esta edición por Héctor Abad Faciolince.

Eugenio de Andrade (Póvoa de Atalaia, 1923-2005), pseudónimo de José Fontinhas, publicó 27 volúmenes de poesía que han sido traducidos a numerosos idiomas. Trasladó al portugués a Federico García Lorca, Safo, Yannis Ritsos, René Char y Jorge Luís Borges. Poeta que cantaba a las cosas más sencillas de la vida, recibió, entre otros, el Premio Camoes. La nota sobre su obra fue escrita por Andityas Soares de Moura y traducida, como los poemas de Andrade, por Francisco Alvarez Velasco.

Mohamed Maimuni (Xauen, 1936) pertenece a la generación del setenta de poetas marroquíes. Es licenciado em filologia árabe y ha publicado entre otros muchos libros *Los laberintos de la interpretación* (2001) y *El retorno de Muhammad Al Nazarí* (2002). Las traducciones que publicamos son de Khalid Raissouni.

Lilia Lardone (Córdoba, 1941), es licenciada en Letras Modernas de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha ejercido la docencia, especializándose en literatura infantil y juvenil. Coordina Talleres de escritura y escribe para niños y adultos. Uno de sus últimos libros de poemas es *Pequeña Ofelia, diario del río* (2003).

Elkin Restrepo (Medellín, 1942), ganó en 1968 el Premio Nacional de Poesía con su libro *Bla, bla, bla*. Sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, ruso, y hebreo. Su mas reciente libro es *Luna blanca* (2005), publicado por Arquitrave Editores.

Francisco de Asís Fernández (San José, 1945) dirige el Festival de Poesía de Granada, cuya primera edición tuvo lugar en Febrero de 2005.

José Prats Sariol (La Habana, 1945) hizo estudios de Literatura en la Universidad de la Habana con José Lezama Lima. Crítico literario, novelista, ensayista y profesor universitario, ha publicado una extensa obra entre la que se cuentan las novelas *Mariel* (1997, 1999), *Guanago Gay* (2001) y los *Estudios sobre poesía cubana* (1988), *Criticar al crítico* (1983) y *Fabelo* (1994). Vive en Puebla.

Salomón Valderrama Cruz (Chilia, 1979) hizo estudios en la Universidad Nacional Federico Villarreal y Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Su primer libro de poemas *Encrucijada* fue publicado en el año 2002.

La foto de la portada, de Miyó Vestrini, es de **Vasco Szinetar**, en su libro *Imágenes de la literatura venezolana* (1986).-